



Españoles por Europa: los escritores isabelinos y la modernidad

Raquel Sánchez García¹

Resumen. Este artículo pretende analizar cómo los hombres de letras españoles percibieron los fenómenos asociados a la modernidad. Para ello, se utilizarán varios relatos de viaje escritos durante el reinado de Isabel II. En estos relatos se observan tres líneas de análisis: el combate de los tópicos sobre España creados por los viajeros extranjeros, la mentalidad del habitante de la gran metrópolis y la percepción fragmentaria de la ciudad. Finalmente, hay que decir que los escritores isabelinos plantearon proyectos de regeneración de España a la luz del ejemplo europeo sin perder la identidad nacional.

Palabras clave: Modernidad; Vida urbana; Libros de viaje; Escritores; Historia de la cultura; Viaje; Identidad nacional.

[en] Spaniards in Europe : Spanish Writers and Modernity (1833-1868)

Abstract. Through several travel books written during the reign of Elizabeth II, this article analyzes how Spanish men of letters perceived the new phenomena associated with modernity. Three lines of analysis are observed in these books: the rejection of the clichés about Spain created by foreign travelers, the mentality of the inhabitants and fragmentary perception of the modern city. Finally, these writers proposed regeneration projects for Spain in the light of European example without losing national identity.

Keywords: Modernity; Urban Life; Travelogues; Writers; History of Culture; Travel; National Identity.

Sumario. 1. Combatiendo el tópico. 2. La inmensidad de la ciudad moderna. 3. Las dos ciudades. 4. Comercio y desarrollo económico. 5. La ciudad en fragmentos. 6. Conclusión.

Cómo citar: Sánchez García, R. (2016): Españoles por Europa: los escritores isabelinos y la modernidad. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 38, Núm. Esp. 323-332.

¹ Departamento de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid (España)
raquelsg@ghis.ucm.es

Durante el siglo XIX España se convirtió en destino de muchos viajeros europeos que elaboraron un estereotipo que ha impregnado fuertemente la imagen del país fuera de sus fronteras. España quedó marcada con los calificativos de país exótico y salvaje; espacio para la aventura y el riesgo en una Europa cada vez más mercantilista e industrializada. Sin embargo, esta imagen no fue completamente aceptada por las élites intelectuales, lo que llevó a muchos hombres de letras a realizar un trabajo de análisis de la realidad contemporánea, tratando de buscar los elementos que aproximaban España a Europa. Esa reflexión sirvió para especular sobre la propia identidad de España en relación a las demás naciones del continente. Este artículo pretende estudiar, a través de varios relatos de viaje, cómo los hombres de letras del reinado de Isabel II entendieron la relación de España con la modernidad por medio del contraste de la realidad nacional con las transformaciones que estaban teniendo lugar en las dos grandes capitales europeas: París y Londres. Muchas son las observaciones interesantes que contienen estos relatos, pero dadas las limitaciones de espacio, se han seleccionado algunas de las cuestiones que tienen que ver con el nacimiento de la ciudad moderna y con los fenómenos a ella asociados.²

Hay muchos escritos de la época evaluando el lugar de España en el contexto europeo. Sin embargo, el relato de viaje nos ofrece la observación espontánea de las costumbres, las vivencias personales en el lugar de destino, el trato con personas de esos otros entornos. La vida cotidiana como expresión de una manera de ser y de una manera de vivir. No se trata de acudir al conocimiento libresco que sobre un país pueda tener un viajero español, sino conocer de qué modo percibe, a la luz de sus apreciaciones personales y subjetivas, la narrativa construida acerca de sí mismo, en tanto que español, como la alteridad, y si existe un relato elaborado por él acerca del país visitado.³

1. Combatiendo el tópico

¿Por qué viajan los españoles del siglo XIX a Europa? La mayor parte de los viajeros se desplazan a Europa para conocerla y para conocer mejor a España. Así lo describía el periodista Antonio María Segovia: “El primer efecto de los viajes, y no se tome

² Acerca del desplazamiento de España de la centralidad del relato europeo sobre la modernidad hasta la periferia del mismo, véase el capítulo “From the Narratives of the Modernity to Spanish Romanticism”, del libro de IAROCCHI, Michael: *Properties of Modernity. Romantic Spain Modern Europe, and the Legacies of Empire*, Nashville, Tenn., Vanderbilt University Press, 2006. Las grandes líneas del análisis sobre la modernidad urbana en el clásico libro de BERMAN, Marshall: *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI, varias ediciones.

³ El trabajo con el relato de viaje requiere ciertas consideraciones metodológicas que no es posible explicitar aquí. Son muchas las cuestiones que han de ser tenidas en cuenta a la hora de utilizarlo como fuente histórica: desde su gran variedad formal, hasta el uso de los componentes metanarrativos como soporte de discurso, pasando por las múltiples perspectivas que lo definen, la naturaleza del narrador, el desdoblamiento entre viajero y narrador, la dinámica entre tiempo de la narración y tiempo del viaje, la transtextualidad, etc. Algunas orientaciones bibliográficas en: CARRIZO RUEDA, Sofía: *Poética del relato de viajes*, Kassel, Reichenberger, 1997; LE HUENEN, Roland: “Qu’est-ce qu’un récit de voyage?”, *Littérales*, 7 (1990), pp. 7-23; RAJOTTE, Pierre (dir.): *Le voyage et ses récits au XX^e siècle*, Québec, Nota bene, 2005; SALCINES DE DELAS, Diana: *La literatura de viajes: una encrucijada de textos*, Madrid, UCM, 1996; WOLFZETTEL, Friedrich: “Relato de viaje y estructura mítica”, Leonardo ROMERO TOBAR y Patricia ALMARCEGUI ELDUAYEN (coords.): *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Universidad Internacional de Andalucía/Akal, 2005, pp. 10-24.

a paradoja, es poner al hombre en situación de contemplar mejor su país natal”.⁴ Como señalan los estudios sobre imagología, en el proceso de encuentro con el otro que gira en torno al viaje y a su plasmación literaria, la identidad nacional se forma, en otras cosas, por la impresión que recibe el viajero ante sujetos y objetos que inconscientemente clasifica en función del grado de proximidad y familiaridad que siente ante ellos.⁵ A partir de las reflexiones que surgen de tal impresión, el viajero español extrae enseñanzas que trata de proyectar en sus escritos. Es decir, el viajero español del siglo XIX se presenta ante su público como alguien que trata de justificar sus periplos por las ciudades visitadas con criterios de utilidad.

Por otra parte, y al contrario de lo que hicieron los viajeros extranjeros en España, los españoles van a Europa buscando la proximidad, lo que el país tiene en común con el continente. Mientras que el viajero extranjero destacaba en España lo diferente, lo distinto, lo exótico, la distancia, el viajero español se empeña en mostrar la proximidad, los puntos de unión e, incluso, aquellos aspectos de la realidad en los que se encuentra una clara superioridad en su país (que suele ser casi siempre una superioridad moral). Es ahí, en esta aproximación crítica, donde encuentran la proyección social de su relato. Se viaja para conocer al otro, pero también para comenzar a saber apreciar lo propio y defenderlo a través de la comparación. De ahí que sean tan frecuentes las apelaciones a un patriotismo que rechaza la imagen construida por los viajeros extranjeros:

Este libro debe su ser a un sentimiento de patriotismo; es una respuesta a la calumnia grosera y mal intencionada que cada día periódicos, libros y hombres públicos vomitan contra noble e infortunada España⁶

Modesto Lafuente achaca este defecto al profundo desconocimiento que los franceses en particular tenían de los españoles, a pesar de ser sus vecinos, y a la dejadez de los españoles al no molestarse en rebatir los infundios que sobre ellos se escribían.⁷ Mesonero Romanos tituló, incluso, el primer capítulo de su libro “Los viajeros franceses en España”.⁸ Años antes, en la década de los treinta, el periodista Mariano José de Larra criticaba la superficialidad de los viajeros extranjeros que, aprove-

⁴ SEGOVIA, Antonio María: *Manual del viajero español de Madrid a París y Londres*, Madrid, Imprenta Gabriel Gil, 1851, p. 3. Desde finales del siglo XVIII se produjo un cambio significativo en la forma de entender el fenómeno del viaje y sus modalidades. Véase al respecto: VENAYRE, Sylvain: *Panorama du voyage (1780-1920): Mots, figures, pratiques*, París, Les Belles Lettres, 2012.

⁵ LEERSEN, Joep: “National stereotypes and literature. Canonicity, characterization, irony”, en BELLER, MANFRED (ed.): *L'immagine dell'altro e l'identità nazionale: metodi di ricerca letteraria*, Fasano, Schena, 1996, pp. 49-60; e “Imagology: History and Method”, <http://www.imagologica.eu/pdf/historymethod.pdf>

⁶ ACUÑA, Francisco: *Inglaterra y los ingleses*, Madrid, F. López Vizcaino, 1869, p. 8. Nicolas

⁷ LAFUENTE, Modesto: *Viajes de Fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*, México, Andrade y Escalante, 1861, p. 52. Sobre este libro: DÍAZ LARIOS, Luis F.: “Viajeros costumbristas en Francia (en torno a los Viajes de fray Gerundio)”, en LAFARGA, Francisco (ed.): *Imágenes de Francia en las letras españolas*, Barcelona, PPU, 1989, pp. 451-457; PELLISTRANDI, Benoît: “Modesto Lafuente: du voyage au regard d'un espagnol et la réalité européenne”, en BOURGUINAT, Nicolas et VENAYRE, Sylvain (dirs.): *Voyager en Europe. De Humboldt à Stendhal. Contraintes nationales et tentatives cosmopolites, 1790-1840*, París, Nouveau Monde Éditions, 2007, pp. 95-114.

⁸ MESONERO ROMANOS, Ramón: *Recuerdos de viaje [sic] por Francia y Bélgica en 1840-1841*, Madrid, Imprenta M. Burgos, 1841, pp. 1-10. Su tono satírico al hablar de la imagen creada por los franceses llega a detallar en otro capítulo y en nota a pie de página la lista de los libros más detestables a este respecto (p. 287, n. 1). Sobre este libro, así como sobre otros que se mencionarán aquí: PEÑATE RIVERO, Julio: “Viajeros españoles por Europa en los años cuarenta del siglo XIX: tres formas de entender el relato de viaje”, *Revista de Literatura*, LXXIII, nº 45 (2011), pp. 245-268; RUBIO CREMADES, Enrique: “Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica

chándose del éxito editorial de un género en auge, emitían opiniones ligeras sobre los lugares visitados. En última instancia nos encontramos con el intento de llevar a cabo una relectura del relato creado sobre la alteridad, una relectura que no quiere ser vista como una muestra de patriotismo vacuo, sino como la constatación de que el otro es algo más que un conjunto de tópicos, pues presenta tanta complejidad y diversidad como quien juzga.

2. La inmensidad de la ciudad moderna

Una vez aclaradas sus intenciones, lo primero que llama la atención al viajero es el fenómeno de la gran ciudad, que aparece como algo inédito para el escritor español y se manifiesta de forma más evidente en Londres que en París. Londres “no es una ciudad en el sentido que damos en el continente a esta palabra”.⁹ ¿Dónde empieza?, ¿dónde acaba?, se preguntan los viajeros. “Es una ciudad fantástica que no tiene fin”, señalaba Ayguals (tomo II, p. 30). Las enormes dimensiones de la gran urbe, la necesidad de servirse del transporte público para los desplazamientos, así como la existencia de barrios que son en realidad mundos completamente distintos, abruma a los españoles, procedentes de un país en el que las ciudades aún no han dado el salto hacia los nuevos ensanches que acabarían por transformarlas totalmente. París, en este sentido, resulta más accesible pues si bien en ella se observan las mismas tendencias, las calles resultan menos hostiles, probablemente porque la información que se tiene de esta ciudad es mucho mayor y porque su crecimiento, todavía en esta época, se considera armonioso. Los calificativos “descomunal”, “enorme”, “grandioso”, “excesivo”, “colosal”, etc. se dejan para la descripción de Londres. Esta asociación de Londres con las grandes dimensiones espaciales se mantendrá en el imaginario de los viajeros españoles en épocas posteriores, incluso cuando ya París haya sido completamente transformado en el Segundo Imperio.¹⁰

A pesar del alejamiento en que, en sus dimensiones, se hallan las dos metrópolis de la generalidad de las ciudades españolas, los viajeros no dejan de fijarse en aquellos aspectos de orden práctico que consideran de interés para ser trasladados a España. A este respecto, el caso más conocido es el de Mesonero Romanos quien, siempre atento a este tipo de cuestiones, llenó páginas de sus recuerdos con detalles acerca de la distribución de las calles de las capitales visitadas, los servicios públicos, el comercio, el tipo de vivienda, etc. En su narración se detiene especialmente en París, donde encuentra múltiples ejemplos de las soluciones que las ciudades más avanzadas han dispuesto para los problemas urbanísticos contemporáneos. Su análisis, extremadamente pragmático, ofrece así una perspectiva interesante y tiene,

en 1840 y 1841, de Ramón Mesonero Romanos”, en GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (coord.): *Literatura de viajes: el Viejo Mundo y el Nuevo*, Madrid, Castalia, 1999, pp. 159-168.

⁹ OCHOA, Eugenio de: *París, Londres y Madrid*, París, Baudry, 1861, p. 243. Véase: ALONSO SEOANE, María José: “Entre presente y pasado. Eugenio de Ochoa y el Romanticismo europeo en París, Londres y Madrid”, FERRI COLL, en José M^a y RUBIO CREMADES, Enrique (eds.): *La Península romántica. El Romanticismo europeo y las letras españolas del siglo XIX*, Palma de Mallorca, Genuève, 2014, pp. 205-226.

¹⁰ Véanse al respecto los testimonios recogidos por NADALES RUIZ, Marta: *Creación de identidad inglesa: viajeros españoles del siglo XIX*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2009, pp. 92-99. Un estudio general en GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, Carlos: *La literatura de viajes en el siglo XIX: análisis y bibliografía de viajeros españoles por el mundo*, Madrid, UCM, 1993, 2 vols., y *Bio-bibliografía de viajeros españoles (siglo XIX)*, Madrid, Ollero & Ramos, 1995.

desde luego, una clara vocación pedagógica y de transformación de su localidad de origen, Madrid.

El gigantismo de la moderna metrópoli da cabida a otro de los fenómenos más notorios para los viajeros españoles: la masificación urbana. Todos ellos dan cuenta del “bullicio y movimiento que hay a todas horas” (Antonio María Segovia), del “infierno” de los coches (Barcia), del “bullicio de las calles” (Mesonero), “el estruendo de los carruajes y los trenes” (Acuña), etc. En el contexto de esa sociedad masificada, en la que el ser humano se convierte en un número, los viajeros españoles certifican la superficialidad de las relaciones sociales y la falta de sinceridad de unas normas de trato y cortesía que consideran artificiales. El otro es considerado un medio, no un fin en si mismo. En última instancia todo ello remite a una temprana percepción del proceso de deshumanización de la vida urbana que se siente como algo amenazador y a la desaparición de la familia como núcleo primario de referencias para las personas. El anonimato, la pérdida de lazos familiares, el abandono de las costumbres tradicionales son elementos que configuran el desarrollo de la existencia en la moderna urbe. Roque Barcia comenta que la familia está en retirada en París y considera que ante esta situación, la ciudad se ha convertido en “una inmensa fonda”, en la que “una inmensa tribu errante” acude a restaurantes y figones donde los “hombres van allí para no mirarse ni entenderse; van allí a comer casi maquinalmente”.¹¹ El individuo pierde su identidad como miembro de un grupo y se aísla, se atomiza y se disuelve en el espacio urbano. Años antes, Mesonero Romanos apuntaba con convicción que la familia “es más bien una asociación mercantil que una agrupación natural”¹², para añadir después que los hijos, “mirados como réditos de aquel capital [la asociación entre hombre y mujer]”, son educados, no para su crecimiento intelectual, sino “para enseñarles una profesión u oficio” y así “hacer más crecido su valor”.

3. Las dos ciudades

Producto inevitable del desarrollo económico de la moderna urbe es la dualización social, constatada por todos los viajeros españoles, quienes se hacían eco de algo sobre lo que ya habían llamado la atención otros escritores, como Benjamin Disraeli al ficcionalizar esta realidad en su novela *Sybil, or the Two Nations* (1845). Especialmente sensible a estas cuestiones se mostró Ayguals de Izco quien, partidario declarado de la industrialización pero también de la dignidad del obrero en el moderno sistema productivo, no podía sino censurar una mentalidad empresarial que conducía a una parte de la población al pauperismo, la prostitución y la delincuencia.¹³ En la misma línea se mostraba Fernández de los Ríos, quien hacía hincapié en el contraste que en París se observaba entre unos barrios que vivían en la opulencia y otros en una “horrible miseria”. O Antonio María Segovia, quien destacaba en Inglaterra la

¹¹ BARCIA, Roque: *Un paseo por París: retratos al natural*, Madrid, Imprenta Manuel Galiano, 1863, p. 51.

¹² MESONERO ROMANOS, Ramón: *Recuerdos...*, p. 224.

¹³ AYGUALS DE IZCO, Wenceslao: *La maravilla del siglo, cartas a María Enriqueta: o sea Una visita a París y Londres durante la famosa exhibición de la industria universal de 1851*, Madrid, Imp. Ayguals de Izco Hermanos, 1852, tomo I, p. 246 y ss. Véase: DÍAZ LARIOS, Luis F.: “El viaje a París y Londres de Ayguals de Izco”, en DÍAZ LARIOS, Luis F. y MIRALLES, Enrique (coords.): *Del romanticismo al realismo*, Barcelona, Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX, vol. 1, 1996, pp. 307-315.

“esclavitud de la clase trabajadora”.¹⁴ La censura de los viajeros españoles al trato que se daba a los pobres en Inglaterra es algo generalizado. Se hacen, además, repetidas alusiones a la situación de los irlandeses, considerados doblemente víctimas, por pobres y por católicos:

Allí habitan los parias de esta ciudad; nada más desharrapado y hambriento, nada más corrompido y degradado que aquellas infelices víctimas de una política que debe ser muy mala, cuando tan malos resultados produce, a lo menos a la desgraciada Irlanda. Pensar, como piensan los publicistas ingleses, que la ruina, la despooblación creciente y el abatimiento profundo de la Irlanda existen por culpa de los irlandeses, me parece un despropósito y un sarcasmo: la culpa evidentemente es de Inglaterra. Parte el corazón ver en estas calles bandadas de niños medio desnudos implorando la caridad pública a despecho de la policía, o devorando en los basureros algunos restos de alimentos inmundos que disputan a los perros: esos niños son de seguro irlandeses. De cada cien desgraciadas de las que a miles inundan al caer la tarde los barrios más sospechosos de la ciudad, las tres cuartas partes seguramente son irlandesas. Irlandeses son, a no dudarlo, los nueve décimos de los vagos, de los borrachos, de los rateros [...] Hay un no sé qué de desesperado en la degradación patente del pueblo irlandés, el cual no parece sino que se ha resuelto a buscar en las emociones del vicio el olvido de sus males, y en el olvido de sus deberes una especie de venganza de la abyección en que vive¹⁵

4. Comercio y desarrollo económico

Procediendo de un país económicamente atrasado, una de las cuestiones en las que más parecen detenerse los viajeros españoles es justamente en el desarrollo de una mentalidad mercantil y calculadora que ellos valoran negativamente en tanto que rebaja del dignidad del hombre, considerándolo sólo como productor y consumidor. La reducción del ser humano a la condición de cliente o consumidor, de elemento en una cadena de producción y consumo, se convierte en una de las observaciones más frecuentes y, desde la perspectiva de los españoles, altamente preocupante pues la persecución del beneficio económico como fin en si mismo es considerada algo deshumanizador. Si por un lado se alaba el carácter laborioso de estas sociedades, por otro se censura que sea la obtención de dinero el único objetivo de sus afanes. Aunque estas apreciaciones responden a una generalización, lo que sí resulta evidente es que la mercantilización de las relaciones entre las personas les causa una incomodidad y una desconfianza crecientes. Ayguals lo describe en estos términos: “Impelidos ambos por la avidez del lucro, miran la codicia como una especie de escabel a la gloria nacional. Hasta en el afán de atesorar se introduce el patriotismo inglés, y cubre a veces con un velo aparente de honor, procedimientos que el honor rechazaría”.¹⁶

¹⁴ SEGOVIA, Antonio M^º; *Manual...*, p. 205.

¹⁵ OCHOA, Eugenio: *París...*, pp. 357-358. La idea del irlandés como doble víctima es especialmente notoria en el libro de Francisco Acuña.

¹⁶ AYGUALS DE IZCO, Wenceslao: *La maravilla...*, tomo II, pp. 14-15.

Tanto para Ayguals como para el resto de viajeros, el carácter mercantil de la sociedad contemporánea es lo que realmente define el progreso económico y si bien, como se ha visto, genera un tipo de mentalidad anuladora de la pluralidad de dimensiones que constituyen al ser humano ya que lo reduce a su faceta económica, también observan hasta qué punto esa mentalidad ha producido otro tipo de consecuencias, esta vez positivas. Una de ellas es la incorporación de la mujer al sistema productivo. Ninguno de los autores consultados pretende, ni siquiera ligeramente, hacer una reivindicación del papel de la mujer trabajadora. Sin embargo, de sus palabras parece desprenderse la idea de que la mujer puede contribuir al desarrollo social más allá de las fronteras del hogar. Mesonero Romanos alaba el papel de las propietarias de comercios por ser capaces de llevar un negocio como cualquier hombre, al igual que el de las vendedoras, más amables y agradables que los varones, razón última del incremento de las ventas en los comercios en los que trabajan.¹⁷ Lo mismo opina Eugenio de Ochoa cuando habla de las que llama *dames de comptoir*. Más allá va Roque Barcia quien, compartiendo el discurso de la domesticidad burguesa con el resto de sus contemporáneos, afirmaba que el trabajo en el comercio era una de las formas por las que la mujer podía desempeñar los fines sociales a los que estaba llamada. “Quiero que la mujer salga a la luz”, escribirá, para concluir diciendo que en la sociedad moderna “se está en camino de lograrlo, y esta civilización que por ella aboga, es sin disputa lo que me reconcilia con un pueblo que tiene otros usos, otro lenguaje”.¹⁸ Las palabras de Modesto Lafuente son aún más elocuentes cuando afirma que el comercio hace “útil y productivo al bello sexo, que en otras partes no es más que consumidor, y [evita] con la ocupación continua los vicios y desmanes a que conduce la ociosidad”.¹⁹

Al considerar el comercio como verdadero motor del desarrollo, lo que nuestros escritores viajeros estaban describiendo era el fenómeno del consumismo, asociado a una nueva forma de entender el acto de comprar y vender. Ya no se trata tanto de adquirir objetos por razones de necesidad y de orden práctico, sino que estamos hablando de un embrionario sentido hedonista de la compra que los viajeros constatan por el contraste que produce tal fenómeno en relación a España, donde el comercio aún no había alcanzado gran sofisticación. En su viaje de los años cuarenta Mesonero Romanos afirmaba con contundencia que el viaje a París no era caro por el transporte y la alimentación, sino “por las nuevas necesidades que despierta, los deseos exagerados que la vista de tantos objetos viene a producir”.²⁰ En la misma línea, Modesto Lafuente, advierte al lector de que:

...esté cierto de que no saldrá a la calle sin un convencimiento íntimo de que ha adquirido el dije de más absoluta necesidad para la vida, y [las vendedoras] harán creer a un militar que no puede ser buen guerrero sin un canesú de señora, y a un escritor de crónicas antiguas que no podrá dar una plumada sin llevarse unas tijeritas de bordar²¹

¹⁷ MESONERO ROMANOS, Ramón: *Recuerdos...*, pp. 140-141.

¹⁸ BARCIA, Roque: *Un paseo...*, p. 97.

¹⁹ LAFUENTE, Modesto: *Viajes...*, p. 252.

²⁰ MESONERO ROMANOS, Ramón: *Recuerdos...*, p. 143.

²¹ LAFUENTE, Modesto: *Viajes...*, p. 128.

En este sentido, los viajeros ponen de manifiesto la invasión de lo comercial y de la pasión por el consumo en el espacio urbano a través de la publicidad. La ciudad ya no es vista sólo como el lugar de la vida y la convivencia, sino que toda ella es un escaparate que se sirve de la publicidad para introducirse en la vida mental de las personas:

No puede darse el caso por algún punto sin darse de cara con un letrero, con una enseña, con un aviso; como si el aviso fuese el aire que aquí se respira, el espíritu que todo lo mueve, el hornillo que todo lo calienta. Nos metemos en un carruaje; allí está el rótulo del diente, del pelo, de las píldoras, del agua prodigiosa: nos introducimos en los lugares más excusados, toda vez que sean de dominio público; allí están las píldoras o el unto también. [...] Esto parece exagerado al que no lo presencia; pero sepa el que dude que una de las tareas que más dan que hacer a la policía de París consiste en especificar los sitios en donde no se pueden fijar anuncios, citando el artículo del reglamento que lo prohíbe. Así sucede que lo más común es encontrarse con letreros que dicen: *défense d'afficher*. De modo que hasta la policía, queriendo evitar los rótulos, rotulea también²²

La práctica del comercio y el sentido egoísta del beneficio, pareciendo moralmente criticable a ojos del viajero, en su comparación con la mentalidad económica y social de España adquiere nuevas dimensiones. Haciendo un balance entre los aspectos positivos y negativos del fenómeno del consumismo y de la persecución del beneficio económico, algunos observadores se pronunciaron en favor de ambos. A este respecto, el análisis más detenido es el de Modesto Lafuente para quien, si bien el egoísmo puede ser moralmente reprobable, fomenta el carácter laborioso de los individuos por excitar en ellos el espíritu de emulación y rivalidad, lo que a su vez conduce al desarrollo de una industria generadora de productos y servicios de una calidad y una cantidad crecientes.²³ Este razonamiento, basado en el más puro y clásico liberalismo, se apoya en la idea de que la persecución de los intereses individuales conduce al bienestar general. De tal modo que lo que los viajeros llaman “egoísmo” acaba teniendo repercusiones positivas para el conjunto de la sociedad al enriquecerla. El resultado del incremento de los ingresos por el trabajo y su inversión en productos de consumo genera, a su vez, un apego por la vida doméstica y la comodidad que se describe como *comfort*. La palabra es transcrita en su idioma original y explicada al lector español para referirse a la vida privada de esos individuos que, en su devenir cotidiano, se hallan volcados al mundo exterior, pero que en el refugio de su hogar se rodean de una multitud de objetos que hacen más fácil y agradable la vida, lo que es especialmente evidente entre los ingleses:

En ninguna parte se entiende el bienestar interior como en Inglaterra. La palabra inglesa (*comfort*) con que se expresa ese perfecto bienestar, no tiene equivalente en ningún país, y no es extraño, porque en ninguno existe la *cosa* que con ella se representa²⁴

²² BARCIA, Roque: *Un paseo...*, p. 86.

²³ LAFUENTE, Modesto: *Viajes...*, p. 251.

²⁴ OCHOA, Eugenio: *París...*, p. 252.

5. La ciudad en fragmentos

Una de las características del libro de viaje es su naturaleza asistemática. Salvo aquellos que pretenden convertirse en un manual de referencia, como los de Mesonero Romanos o Fernández de los Ríos, en general el libro de viajes ofrece visiones fragmentarias de la ciudad, percepciones tomadas de aquí y de allá, pinceladas filtradas por la subjetividad del viajero que son a la vez producto de esa misma modernidad que se resiste a ser comprendida como una totalidad. La base de esta percepción fragmentaria es el uso de la anécdota como instrumento y excusa para la digresión.

En sus relatos, los viajeros se sirven en numerosas ocasiones de la anécdota, que consideran un acontecimiento banal, aunque pleno de información. La anécdota revela las costumbres más arraigadas de un pueblo porque a través de ella se observa el comportamiento espontáneo de las personas, lejos de todo condicionamiento frente al otro que contempla.²⁵ Con frecuencia, en estas anécdotas el narrador es protagonista, pero las más interesantes, por lo que tienen de retrato de un pueblo, son aquellas en las que el viajero es espectador y, por tanto, el carácter nacional se muestra espontáneamente. El viajero se convierte, de este modo, en observador no participante. El uso de la anécdota es, obviamente, algo subjetivo que el investigador ha de filtrar a través de su conocimiento del contexto y del viajero, pero constituye un elemento interesante a tener en cuenta por el valor antropológico que tiene. En el caso de los viajeros españoles, la anécdota se inserta en el mismo género que muchos de ellos utilizaron en España para describir la sociedad de su tiempo: el costumbrismo, forma de análisis y descripción de una realidad plural y diversa.

La percepción fragmentaria de la ciudad y la observación antropológica de la misma alcanza su más sofisticada expresión en la figura del *flâneur*. El siglo XIX fue, como escribió Walter Benjamin, *l'âge d'or de la flânerie*. Casi todos los viajeros españoles constatan la existencia de esta realidad de las sociedades modernas que, en general, ubican en París. Sus comentarios sobre la población transeúnte en Londres no mencionan una figura que ha quedado tan estrechamente unida a París que viene a ser un símbolo de la ciudad en el Segundo Imperio. Dado que en castellano no existe un equivalente al francés *flâneur*, los viajeros isabelinos se empeñan en buscar la palabra adecuada para explicar su significado al público de habla hispana. En general, se opta por españolizar el vocablo, como cuando Modesto Lafuente escribe “flaneaba yo por el bulevar de los italianos...” o cuando Eugenio de Ochoa habla directamente de la necesidad de incorporar el neologismo “flanear” para describir una situación inexistente en España. En cualquier caso, lo que resulta altamente significativo es que los autores que lo mencionan, realizan una asociación directa entre la palabra y una acción propia de una sociedad concreta: la parisina.

Sin embargo, llama la atención que los escritores viajeros no sean conscientes de que esa realidad que ellos consideran novedosa y específica de una ciudad, formaba parte de sus propias prácticas cotidianas como escritores. El acto, como así corroboran muchos textos, existía antes que el nombre. En su estudio sobre el costumbrismo español, Dorde Cuvardic ha detectado cómo los propios escritores describían su deambular por las ciudades españolas (en especial, Madrid) sin darse cuenta que se

²⁵ LE HUENEN, Roland: “L’inscription du quotidien dans le récit de voyage au XIX^e siècle”, en PERRON, Paul, LE HUENEN, Roland, et VACHON, Stéphane: *Itinéraires du XIX^e siècle*, Toronto, University of Toronto, 1996, pp. 193-203.

trataba del mismo fenómeno que iban a contemplar después en París. Y así, en Larra encontramos frases como esta: “Andábame días pasados por esas calles a buscar materiales para mis artículos”. O en Mesonero: “Revolviendo la esquina de la calle de la Ruda para entrar en la plazuela del Rastro [...], íbame entreteniéndome agradablemente en reconocer los diversos almacenes ambulantes”.²⁶

6. Conclusión

Utilizando la vieja metáfora de la ciudad como libro, los escritores isabelinos dejaron constancia de una serie de realidades que, por su novedad, resultaban llamativas a quienes venían de países en fases menos avanzadas de la modernización, siendo estas novedades menos perceptibles para los naturales de París y Londres. La mirada que los españoles proyectan sobre ambos países está condicionada por su propia visión de España. Es decir, el análisis que realizan sobre las sociedades inglesa y francesa busca proyectos de transformación para España; escudriñan al otro para cambiarse a sí mismos. En términos económicos y sociales, la mayoría de los escritores-viajeros busca la regeneración de España a través de la imitación del otro, sin perder la identidad nacional. Después del reinado de Isabel II, la mirada del viajero hacia Europa seguiría siendo fundamental para la intelectualidad española, tanto con el objetivo de la regeneración del país como para entender la propia identidad.²⁷

²⁶ CUVARDIC GARCÍA, Dorde: “El *flaneur* y la *flanerie* en el costumbrismo español”, *Revista de filología y lingüística de la Universidad de Costa Rica*, vol. 35, n° 1(2009), pp. 23-38.

²⁷ Véase: DELRUE, Elisabeth: *Voyages ou séjours d'écrivains espagnols en Europe, 1890-1910: modalités hispaniques du récit de voyage*, Paris, l'Harmattan, 2012.